CUADERNOS
historia 16

Micenas

M. S. Ruipérez, M. A. Elvira y A. Blanco Freijeiro



6

125 ptas

CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
REDACTOR JEFE: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléf. 407 27 00.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: María del Carmen Nieto. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 228 84 01, 228 47 03 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-85229-78-9, tomo I.
Depósito legal: M. 41.536. – 1985.



Máscara mortuoria de oro, perteneciente a un rey micénico

Indice

Los archivos micénicos

Por Martín S. Ruipérez

Catedrático de Griego. Universidad Complutense de Madrid

EL desciframiento de la escritura silábica micénica por Michael Ventris en 1952 ha puesto en nuestras manos documentos en griego antiguo que, con criterios arqueológicos, son fechados entre 1380 y 1200 a. C.

Los helenistas se encuentran hoy con textos griegos escritos en dos sistemas gráficos distintos. Por ello se habla de *griego silábico* (del II milenio a. C.) y *griego alfabético* (a partir del I milenio).

Los estudios de los documentos en griego silábico constituyen una rama joven dentro del frondoso árbol de las disciplinas que se ocupan de la antigüedad greco-romana: es la llamada Micenología.

La escritura

La escritura utilizada por los griegos micénicos —el llamado silabario minoico lineal B— debe situarse dentro del marco evolutivo de las escrituras del II milenio a. C. en la cuenca del Egeo.

La más antigua escritura de la isla de Creta es la que el pionero de la arqueología cretense, sir Arthur Evans, llamó *pictográfica* o jeroglífica.

Sus signos se encuentran sobre sellos, procedentes en su mayoría del palacio de Cnoso (sólo unos pocos han sido hallados en Zakro, Maliá, Festo y Hagía Triada) y pertenecen al Minoico Medio II y a las primeras fases del Minoico Medio III, lo que equivale, a grandes rasgos, a 1850-1650 a. C.

No hay pruebas concluyentes de que esta escritura dependa de la egipcia jeroglífica: los signos responden a una tradición de figuras simbólicas ya usadas en la propia Creta desde el Minoico Antiguo.

Dentro de la escritura pictográfica, el *disco de Festo,* hallado en 1908, ocupa un lugar especial. Por la cronología del contexto arqueológico en que apareció (pero incluso estos datos han sido puestos en duda) ha de situarse en una época más reciente (1650-1550) que el resto de los documentos pictográficos.

Las inscripciones de que es portador (una en cada una de sus dos caras) no han sido grabadas, sino impresas mediante cuños, probablemente de madera, lo que le convierte en un auténtico precursor de la tipografía, siguiendo una línea espiral. Los signos están separados mediante trazos perpendiculares a la espiral en grupos que pueden corresponder a palabras.

Aunque el disco excita la imaginación de los *amateurs* y a las redacciones de las revistas científicas llega un desciframiento cada dos años (!) como promedio, nada seguro se sabe acerca de este documento único: ni sobre su procedencia (acaso fue llevado a Creta desde Asia Menor), ni sobre la dirección de la escritura, ni si los signos son pictográficos o silábicos (pues el disco resulta ser contemporáneo de la escritura lineal A).

De una forma cursiva, rápida, de la escritura pictográfica cretense surgieron por evolución las que Evans denominó escrituras lineales.

Los testimonios de *escritura minoica lineal A* proceden de diversos centros arqueológicos de Creta central y oriental, con Cnoso y Maliá como yacimientos principales. Además, los hallazgos realizados entre 1964 y 1975 cerca de Canía han aportado importante material de esta parte occidental de la isla.

Algunos objetos con inscripciones en este silabario proceden, incluso, de las pequeñas islas de Tera, Melos, Naxos, Citera y Ceos, todas ellas dentro del área cultural minoica de la época.

Esta difusión corre pareja con el número de documentos encontrados —más de trescientos, de los que el conjunto más importante es el de Hagía Triada— y con la variedad de objetos y materiales sobre los que están escritos: vasos de cerámica, pinturas murales, crétulas y tablillas de barro.

En cuanto a cronología, el comienzo de este tipo de escritura se fecha hacia 1650 a. C., mientras que los últimos testimonios se sitúan hacia 1450 o poco antes, precisamente cuando todos los asentamientos cretenses se ven afectados por la catástrofe desencadenada por la tremenda erupción del volcán de la isla de Tera y quedan expuestos e indefensos a los afanes conquistadores de los griegos micénicos.

El lineal B

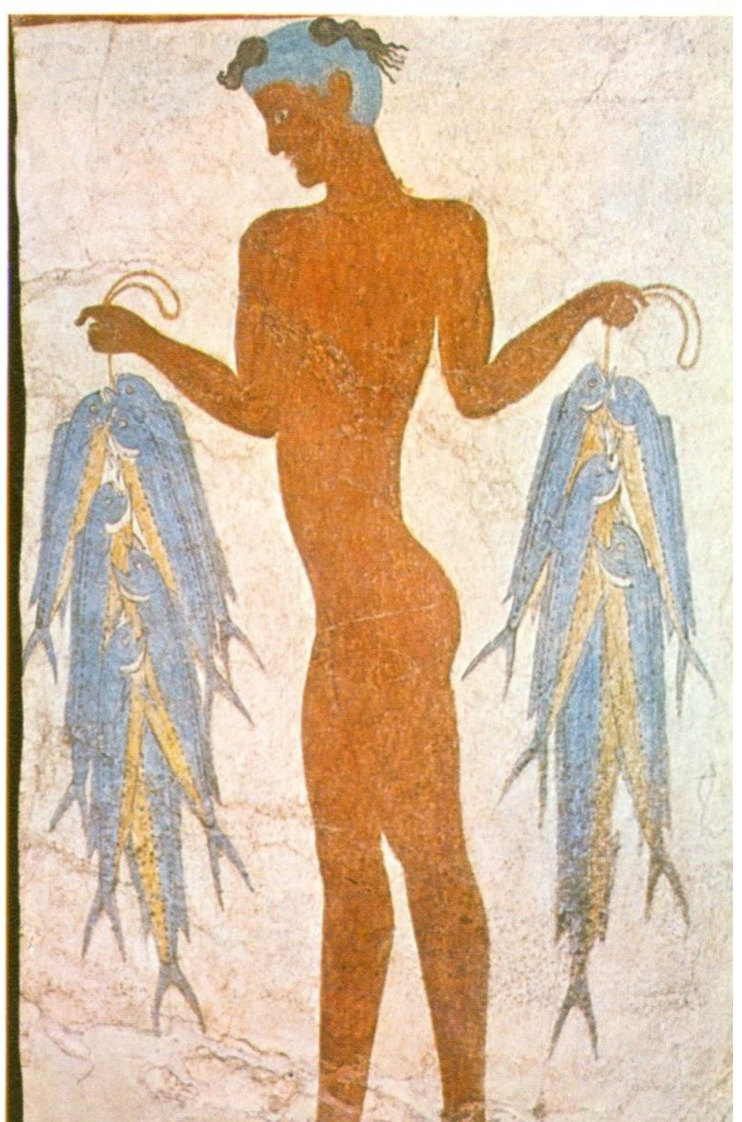
Nuestro conocimiento del lineal A se ha beneficiado considerablemente del desciframiento del lineal B, ya que éste, evidentemente, resulta de una adaptación de aquél. Con él presenta, en efecto, identidad o semejanza en cierto número de signos silábicos, en ideogramas y en el sistema de notación numérica, que es decimal.

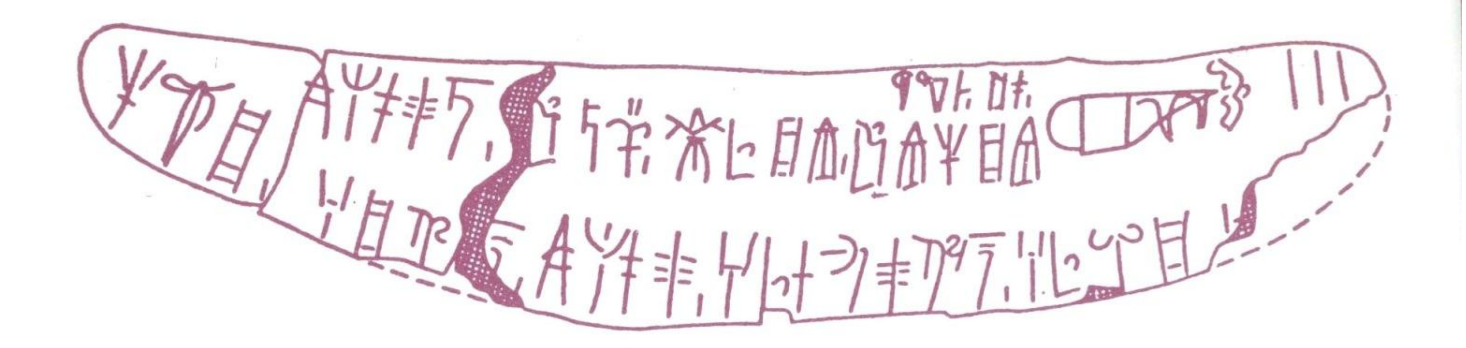
Otros signos son distintos, lo que, sumado a la diferente frecuencia del uso de los relacionados, evidencia que la lengua que se oculta bajo el lineal A es distinta del griego arcaico que desde Ventris se lee en el lineal B.

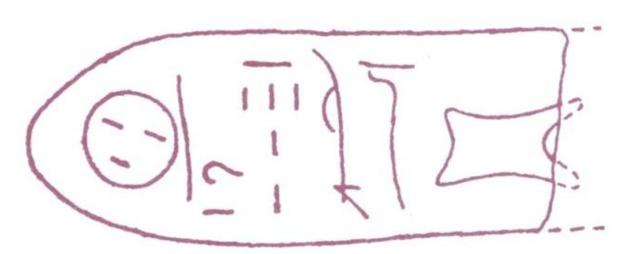
La identificación precisa de la lengua cae, hoy por hoy, en el dominio de las hipótesis. Los últimos veinticinco años han visto sucederse varias de ellas, a falta de capacidad demostrativa.

Damas de la corte de Cnoso (Museo de Heracleion, arriba). *Vaso de los segadores de Hagía Triada, siglo* XVI *a. C. (Museo de Heracleion,* abajo, izquierda). El pescador, *fresco de la isla de Tera (Museo Nacional de Atenas,* abajo, derecha)

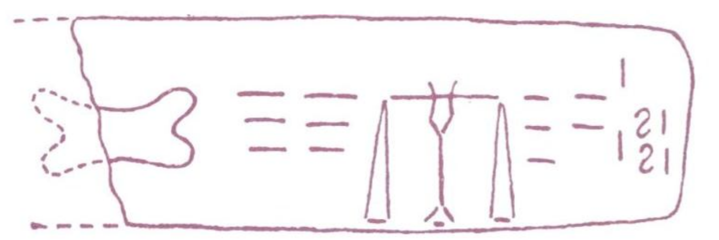








Reproducción de dos tablillas de lineal B



Copia de una batalla descubierta en Micenas en 1952. Contiene una lista de nombres masculinos

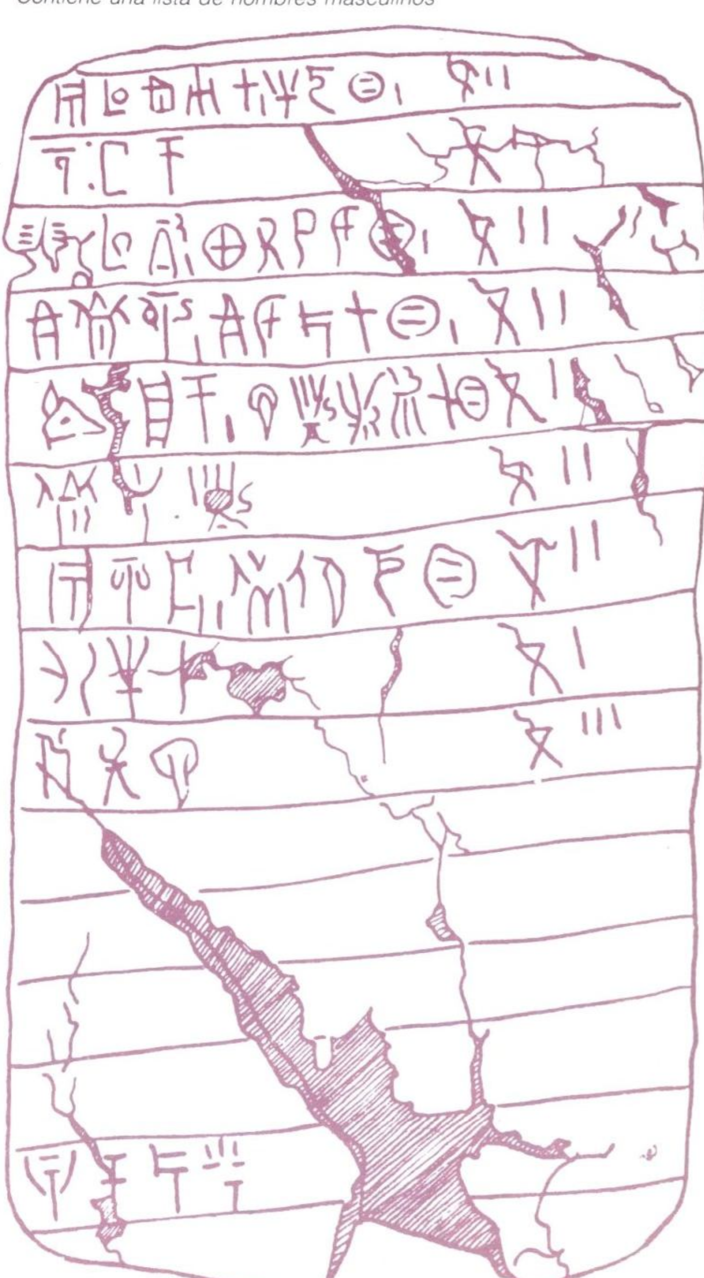
Para unos se trataría de una lengua semítica, para otros hitita y para otros luvita, ambas, lenguas indoeuropeas de Asia Menor en el II milenio.

El minoico lineal B, la segunda y más moderna de las dos escrituras lineales distinguidas por Evans, es, con mucha diferencia, la que se nos presenta en un número mayor de textos, circunstancia que, en último término, hizo posible su desciframiento, realizado con método estadístico y combinatorio.

El primero y más abundante lote de textos fue



Michael Ventris, el hombre que descifró el lineal B



recuperado por Evans a comienzos de nuestro siglo de las ruinas del palacio de Cnoso: unas 6.000 tablillas de barro enteras o fragmentarias, más unos 60 sellos, también en barro, y dos cortas inscripciones sobre cerámica.

Aunque algunas de estas inscripciones se habían filtrado en círculos interesados desde los años treinta, la primera edición de estos textos hubo de esperar a 1952. La paciente labor de los micenólogos epigrafistas ha ido juntando fragmentos, completando textos y reduciendo el número de éstos a los 3.000 ó 4.000 en que una estimación prudente cifra el total de los fondos del archivo.

Sin salir de Creta, las excavaciones que desde 1964 se llevan a cabo en Cania han proporcionado unos cuantos textos en lineal B.

El más importante contingente de textos en lineal B procede del archivo del palacio micénico de Pilo, excavado por Blegen en 1939 y, tras el paréntesis impuesto por la guerra mundial, entre 1955 y 1964. Se trata de casi 1.500 tablillas de barro y fragmentos con textos mucho más extensos que los de Cnoso —lo que les hizo especialmente propicios para el desciframiento.

Se estima, basándose en el porcentaje de tablillas conservadas en series de doble redacción, que lo que ha llegado a nosotros representa un 90 por 100 del archivo en cuestión.

Otros centros micénicos de la Grecia peninsular han proporcionado tablillas de barro en cantidades menores y vasos de cerámica: Micenas (unas 60 inscripciones), Tirinto (siete fragmentos de tablillas), Tebas (más de 40), Eleusis, Creusis y Orcómeno (sólo inscripciones sobre vasos de cerámica).

En su inmensa mayoría se trata, pues, de textos incisos sobre barro, procedentes de los archivos de los palacios de Cnoso, Pilo, Micenas, Tirinto y Tebas.

Deben su conservación precisamente a la circunstancia de que el fuego que destruyó esos palacios afectó a los archivos y coció y endureció el barro, que así pudo resistir entre los escombros la humedad del suelo durante más de tres mil años.

Interpretación

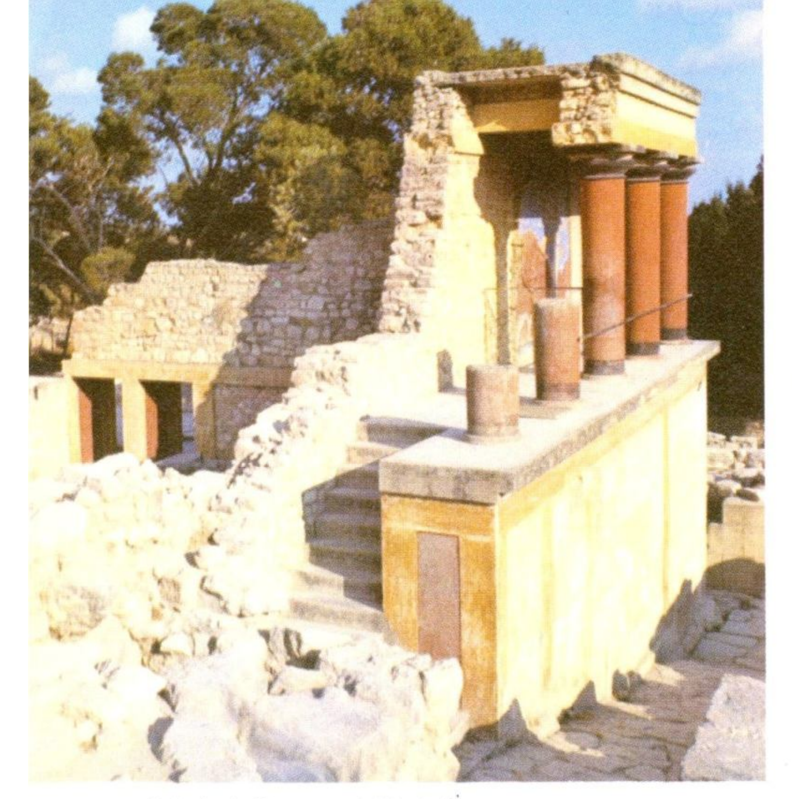
Mientras la cronología de los documentos de los palacios de la Grecia peninsular no plantea problemas serios, pues la destrucción de los palacios se fecha en los años finales del Micénico IIIb, esto es, poco antes de 1200 a. C., la de los de Cnoso ha sido objeto de viva controversia.

Esta empezó al ponerse de manifiesto algunas discordancias entre el diario de excavaciones de Evans y su publicación por el mismo arqueólogo, según el cual las tablillas del palacio de Cnoso serían de hacia 1425 a. C.

Actualmente se acepta una cronología menos

Disco de Festo, *descubierto en 1908*





Palacio de Cnoso, en la isla de Creta

alta (1380-1350) para la destrucción de este palacio, se habla de una recupación del mismo y se da por descontado que, como prueban las inscripciones pintadas sobre cerámica de Cnoso y de Canía, todavía en el siglo XIII a. C. la escritura minoica lineal B era usada en la isla de Creta.

La tendencia, favorecida además por los filólogos, es rebajar la cronología de los textos de Cnoso y acercarla a la establecida para los centros de la península.

Muy pronto pudo ya observarse que el sistema de escritura lineal B es un silabario, con un repertorio de entre 80 y 90 signos silábicos distintos, a los que se suma el uso de ideogramas (hombre, oveja, aceite, etcétera) delante de indicaciones numéricas, y que el sentido de la escritura es de izquierda a derecha.

La notación numérica es decimal y existe un sistema para las diferentes unidades de pesos y medidas.

Ventris descifró estos documentos basándose en variaciones de ciertos grupos de signos y aplicando el cálculo de frecuencias y de combinatoria, desde que, en 1951 y 1952, estuvieron disponibles las primeras ediciones de las tablillas de Cnoso y de Pilo.

El problema, resuelto por Ventris, presentaba dos incógnitas: el valor fonético de los diferentes silabogramas y la identificación de la lengua subyacente; ésta resultó ser griego en una fase más arcaica de su evolución que el griego alfabético hasta entonces conocido.

Desde entonces, la interpretación de los documentos micénicos no ha dejado de progresar, con una exigencia metódica cada vez más sobria y rigurosa, bien lejana ya de la fácil alegría con que en los años siguientes al desciframiento se montaban teorías intuitivas y arriesgadas sobre los textos y los varios aspectos políticos, sociales, económicos y religiosos del mundo en ellos referido.

Burocracia

Los epigrafistas han podido distinguir las diferentes manos de escribas, agrupar diferentes tablillas en un solo documento *(set)* y penetrar así en la organización de la burocracia palaciega para determinar cómo se repartía el trabajo en los diversos negociados administrativos.

Unas cuantas características deben destacarse en la descripción de estos archivos palaciegos.

En primer lugar, a diferencia de otros conjuntos documentales del Oriente Medio del II milenio, no se trata de textos literarios, ni religiosos, ni de correspondencia diplomática, sino de asientos de la administración de los palacios de los príncipes micénicos.

Una breve frase encabeza el texto, donde se inventarían personas (efectivos militares, esclavos), animales, ofrendas, tierras, grano, frutos, especias, tejidos, perfumes, cueros, armas, carros de guerra, etcétera, dejando constancia de obligaciones pendientes, de adjudicaciones, entregas y saldos.

Las anotaciones pertenecen a un año, con referencias ocasionales al ejercicio económico anterior. Se trata, sin duda, del año en que el palacio respectivo fue destruido por el fuego. Es lícito admitir que al final de cada año las tablillas de barro seco eran ablandadas en agua para utilizarlas en la confección de otras que sirviesen a los nuevos asientos, mientras las anotaciones más valiosas eran pasadas a materiales más consistentes y nobles, como la piel y las hojas de palmera.

Irónicamente el fuego que destruyó los palacios acabó con los materiales consistentes y confirió resistencia a las frágiles y menos valiosas tablillas de barro para que llegaran hasta nosotros.

En segundo lugar, llama la atención la uniformidad de todos los archivos, tanto en los aspectos formales de la escritura (repertorio de signos, dibujo de los mismos y de los ideogramas: las diferencias locales son mínimas), como en lo que atañe a la lengua, al sistema contable y a la forma misma de las tablillas, que presenta dos tipos: el rectangular, o formato de página, y el alargado, o de hoja de palmera.

Las tablillas, grabadas con un punzón cuando el barro estaba todavía blando, eran debidamente clasificadas y guardadas en cajas de madera tapadas o en cestos provistos de precintos de barro, que se colocaban en estantes.

En esta apretada síntesis, es importante la cuestión de la cronología, no de los documentos conservados —ya indicada más arriba—, sino de la escritura en sí.

Está fuera de toda duda que la escritura lineal

EXPANSION MICENICA
1450-1200 a.C.

Territorios micènicos
Zonas de contactos

Expansión micénica por el Mediterráneo (mapa). *Fresco de Tirinto* (izquierda) *mostrando la influencia del estilo cretense clásico que ilustra el relieve en estuco restaurado del* rey sacerdote *de Cnoso* (derecha)

B surgió como adaptación de la lineal A a las necesidades de notación de una lengua indoeuropea como el griego. Esta acomodación hubo de ser obra de una persona o de un grupo de personas —de un equipo— muy concreto y localizado, y no producto de contribuciones dispersas y sucesivas. Tal postulado se impone a la vista de la uniformidad del lineal B en todos los centros en que se atestigua.

Dado que la escritura lineal A desapareció con la catástrofe de hacia 1450, tras la cual sólo se rehace el palacio de Cnoso, y teniendo en cuenta que poco después de esa fecha un príncipe griego micénico ocupaba ese palacio, lo más probable es que la creación del lineal B a partir del lineal A tuviese lugar precisamente en Cnoso en los años inmediatos a la ocupación micénica de Creta, por obra de escribas cretenses bilingües al servicio de los nuevos príncipes.

Conviene advertir que tal adaptación fue incompleta, pues el sistema gráfico mantuvo muchas características que, sin duda, estaban más acordes con la naturaleza de la lengua del lineal A. Así se ve en las ambigüedades en el valor fonético de muchos silabogramas (*po* nota tanto *po,* como *bo* o *pho;* no se distinguen las sílabas con *r-* de las que empiezan con *l-*) y en las curiosas reglas ortográficas que dejan sin notar una consonante final de sílaba o introducen vocales de rellenos en ciertos grupos fónicos para obviar la imposibilidad de notar una consonante sola.

Así pues, la escritura, tal como aparece en los textos conservados de hacia 1200 a. C., tiene tras sí una historia de doscientos años, a lo largo de los cuales la lengua evolucionó, mientras la grafía vacila entre notar la pronunciación real o conservar antiguas grafías tradicionales.

Ello ha permitido precisar la cronología de determinados fenómenos lingüísticos y contribuir poderosamente a una profunda renovación de los estudios de dialectología griega.

Hoy día, en efecto, lejos de pensar que cuando los indoeuropeos penetran en la Hélade hacia 1900 a. C. lo hacen ya divididos en estirpes, dialectalmente diferenciadas, de jonios, eolios y aqueos, se sabe que esta diversificación es mucho más reciente, de finales de la época micénica, y que los propios dorios, cuya invasión —sin rastros arqueológicos— no tiene lugar hacia 1100 a. C., parecen haber coexistido ya en el mundo micénico, participando en el colapso final de éste.

El destino de la escritura lineal B —instrumento de una administración, y cuyo conocimiento no parece haber estado difundido fuera de la clase de escribas— estaba fatalmente unido al de la superestructura política micénica.

La ola de destrucciones que acaba hacia 1200 con los centros micénicos significa igualmente el final de esta escritura. El mundo griego vuelve a ser iletrado, con la excepción de la marginal isla de Chipre, donde una escritura silábica de entronque cretense se mantuvo en uso hasta el siglo III a. C.

Trescientos años después, hacia el 900 a. C., los griegos aprenderán de nuevo a escribir sobre el modelo de la escritura fenicia. Adaptan ésta para crear el alfabeto, lo que implica distinguir entre vocales y consonantes, y hacer así una contribución de primer orden a la historia de la cultura de la humanidad.

Expansión comercial y cultural

Por Miguel Angel Elvira
Profesor de Arqueología.
Universidad Complutense de Madrid

EL alborear del siglo XVI a. C. supone, para los pueblos del Mediterráneo oriental, la apertura de unos nuevos horizontes: la conciencia de su presencia mutua y de sus contactos. Lejos estaban las épocas en que sólo surcaban los mares las naves de Biblo, transportando troncos de cedro a Egipto y arribando de tarde en tarde a alguna playa cretense; épocas en las que el Egeo era un pequeño mundo cerrado, dominado por las rápidas piraguas de los saqueadores cicládicos.

Pero tampoco los comienzos del II milenio a. C. habían mostrado gran actividad en este aspecto: pueblos nuevos, desconocedores aún de las artes de la navegación, ocupaban Anatolia y Grecia: eran los hititas y los aqueos, gentes indoeuropeas cuyo estadio cultural las hacía aún inútiles, incluso como clientes, para las viejas civilizaciones del Oriente Próximo.

Primos suyos, los mitanni cortaban, con sus hordas de carros y jinetes, las vías de Mesopotamia a la costa. Y acaso en relación con todos estos movimientos invasores, los misteriosos hyksos liquidaban el ya tambaleante imperio medio egipcio, destruyendo su tímido e incipiente comercio exterior.

Pocas veces en la historia se habrán encadenado tantos desplazamientos de pueblos. Ello hará que cuando se clarifique la situación, poco después del 1600 a. C., ningún pueblo se considere solo y aislado, dueño de *las cuatro partes del mundo,* como querían los soberanos acadios; ya nadie podrá llamar *diluvio universal* a un desbordamiento del Tigris o del Eufrates. Las civilizaciones han dejado de ser islotes autosuficientes en un magma desértico, para insertarse en un tejido geográfico continuado.

Egipto toma la iniciativa por tierra. Tras la expulsión de los que Manetón llamará *reyes pastores* por los primeros monarcas de la dinas-

tía XVIII comienza una política descaradamente expansionista, sobre todo con las campañas de Amenofis I y Tutmés I a Nubia y a Asia, llegando hasta el Eufrates. Mientras tanto, Mesopotamia se organiza bajo el poder, pronto asimilado, de los invasores kassitas.

Pero, sobre todo, desempeña un papel primordial en este fenómeno el acceso a un plano cultural superior de los pueblos arios o indoeuropeizados: los mitanni, o hurritas, crean un estado poderoso en Siria, que se extiende hasta Assur, y, al mismo tiempo, hacia fines del siglo XVII a. C., Labarna centraliza a los hititas en un imperio consistente.

En Grecia y el Egeo, donde vamos a fijar nuestra mirada desde ahora, se da un fenómeno semejante. La Creta de los Primeros Palacios (por no usar terminologías arqueológicas llenas de siglas, numerales y letras), con una civilización que se desarrolló, *grosso modo*, entre el 2000 y el 1700 a. C., puso las bases, aún débiles, de un comercio a gran escala, estableciendo relaciones con las costas de Siria, Líbano y Egipto.

Pero su vida transcurrió en buena parte en magnífico aislamiento, manteniendo un contacto mínimo con los aqueos, todavía bárbaros, que ocupaban el continente, pero aún incapaces de saltar a las islas del Egeo.

Durante el primer siglo del llamado Período de los Segundos Palacios, la situación apenas debió de evolucionar; pero después, y sobre todo a partir de hacia 1580 a. C., la expansión creció decididamente: la flota minoica pasa a dominar el comercio con todas las costas del Mediterráneo oriental, incluido el naciente imperio nuevo de Egipto, con todo el potencial económico que tan rico Estado supone.

Además, los aqueos del continente, organizados en pequeñas monarquías locales, se han aclimatado ya a su tierra, aprendiendo los modos de cultivarla y extraerle sus riquezas. La sensibilidad de sus monarcas y guerreros comienza a abrirse a las joyas y adornos de las culturas más elevadas del Mediterráneo, y Creta se presenta como un foco de civilización deslumbrador.

Los círculos de tumbas de los reyes de Micenas (el principal de los cuales, el llamado *Círculo A,* será más tarde respetuosamente incluido dentro del cerco de la muralla) contienen, en sus lujosos ajuares, el mejor repertorio de este primer abrirse del espíritu micénico hacia realidades maravillosas y lejanas: objetos de las más variadas procedencias debieron de pasmar las miradas de estos monarcas hoscos, aún en proceso de aculturación.

Si no podían renunciar a sus estelas tradicionales, limitándose a trasladar a la piedra el trabajo a bisel de la madera, y si cubrían sus cadáveres con brutales rasgos repujados en máscaras de oro, a la vez presumían de dagas damasquinadas y de copas talladas en piedras con el más refinado estilo minoico.

Los talleres regios de Cnoso, Festo o Maliá, e incluso algún artista cretense emigrado, hubieron de ser los principales proveedores de estos

Tumba real micénica, construida entre los años 1300 y 1250 a.C.



objetos de lujo para los señores de Micenas. Y también es probable que fuesen naves minoicas las que fondeasen en los puertos de la Argólide para traer cosas más lejanas: huevos de avestruz de Africa, marfil sirio, plata de Anatolia, oro de Egipto, lapislázuli de la remota Mesopotamia.

Expediciones

Los micénicos de los siglos XVI y XV a. C. no fueron, sin embargo, simples clientes de los mercaderes de Creta, cerrados a todo contacto que les viniese de sus naves. Tenemos datos suficientes para pensar que ellos también, a imitación de sus admirados modelos, comenzaron a poner en obra una modesta flota y, acaso en parte como intermediarios de los minoicos, un comercio terrestre hacia el interior de Europa, de donde ellos mismos procedían.

En este segundo campo, el de las expediciones por tierra, los datos no son numerosos, y a veces resultan muy inseguros, dejando volar la fantasía: hay en el norte de Italia alguna vasija de factura local, pero parecida en la forma a los famosos vasos de Vafio.

Cerca de Bonn ha aparecido un *kántharos* de oro muy parecido a otro, áureo también, de Micenas. Más lejos aún, una espada grabada en el mítico monumento británico de Stonehenge ofrece un cierto parecido con la que lleva un guerrero en una estela del *Círculo A,* y un vaso de Rillaton, en la punta de Cornualles, muestra semejanzas con otro del mismo conjunto.

Que hubo comercio con el norte de Europa, parece fuera de dudas: el ámbar, producto del Báltico y del mar del Norte, aparece ya en Micenas. Pero, en cambio, es más dudoso un incipiente comercio del estaño con las islas británicas y, desde luego, parece que se debe pensar en todo caso en una cadena de comerciantes e intermediarios a través de Centroeuropa, y no en largas y aventuradas expediciones.

Mucho más segura y documentada está la actividad de la flota mercante micénica por estos años. Sus aguas más seguras y visitadas fueron las de Italia. Y ello se explica porque, no pudiendo competir con el poderío marítimo cretense en el Egeo, sólo les quedaban a los micénicos los mercados que aquél había despreciado por excesivamente lejanos y poco productivos.

A este respecto, resulta esclarecedor el fenómeno de la obsidiana. Este mineral verde oscuro, cuyas lascas brillantes resultan muy llamativas a la vista, y que a veces se usaba para tallar puntas de flecha, sustituyendo al sílex de tradición inmemorable, tenía en el Mediterráneo dos puntos de extracción: la cercana isla de Melos (Milo), entre el Peloponeso y Creta, y las islas de Lípari, al norte de Sicilia.

Tan fuerte debía de ser el poderío cretense, que los micénicos prefirieron el largo viaje hacia el occidente. Estos remotos pioneros de la colonización de la Magna Grecia ya debieron de asomarse en el siglo XVII a. C., a juzgar por algunos motivos micénicos que aparecen copiados en cerámica siciliana.

Después, son las propias cerámicas micénicas las que se van generalizando, sobre todo en las propias islas de Lípari. Y, finalmente, el comercio comenzará a decaer cuando, en el siglo XV a. C., la flota micénica crezca y pueda abrir una pequeña colonia, vecina de la cretense, en Melos.

Fuera de estos ámbitos, parece que las naves aqueas no se aventuraron con asiduidad. Egipto siguió comerciando con los cretenses, los *hombres de Keftiu,* que aparecen en las tumbas llevando tributos típicos de su tierra, y ellos serían quienes transportasen tanto el oro y los objetos egipcios hallados en los círculos de tumbas de Micenas como los raros objetos micénicos de esta época hallados en el valle del Nilo.

Algo semejante, aunque quizá más matizado, debía de ocurrir en la costa del levante asiático, desde el sur de Anatolia hasta el Sinaí: cerámicas micénicas primitivas han aparecido en ciudades como Alalakh, Ras Shamra, Biblo, Gezer y Lachish. Pero sólo volvemos a encontrar pruebas seguras de la expansión micénica de esta época cerca de Grecia, en algunos puntos aislados del Egeo.

En la localidad de Triandha, en la isla de Rodas, se fundó, aun antes que en Milo, una colonia micénica junto a otra cretense: primero de los establecimientos del que más tarde será inmenso imperio comercial. Y hay datos para pensar que algo parecido se hizo en Mileto, en la costa de Anatolia.

Apogeo

Modesto fue, por lo que acabamos de ver, el comercio micénico hasta el siglo XV a. C. Pero en esa centuria la situación sufrirá un cambio radical.

Tras una sucesión de catástrofes, que hoy ya podemos atribuir a la actividad del volcán de Tera, el poderío cretense se desmorona. El recuerdo más famoso de su hundimiento sería su interpretación por los egipcios, conocida en Grecia mucho después y base del relato platónico de la Atlántida.

Destrozada su flota, el *minos* de Creta no pudo evitar que los micénicos —el Teseo de la leyenda— invadiesen la isla, se instalasen como monarcas en la capital (h. 1450 a. C.) y, tras unos cincuenta años de cultura híbrida, impusiesen unas formas y estructuras propias, a la vez que se destruía (ignoramos por qué) el palacio de Cnoso (h. 1400 a. C.).

De un golpe, los dueños del Egeo, de su economía y de su comercio habían cambiado. Los aqueos, profundamente influidos por el mundo cretense, al menos en el arte y la cultura de sus sectores sociales más elevados, pasaban a sustituirlo, y las naves micénicas surcaron las vías

Ryton de oro en forma de cabeza de león procedente de Micenas, siglo XVI a. C. (Museo Nacional, Atenas)

Cofre de madera recubierto de oro, Micenas, siglo XVI a. C. (Museo Nacional, Atenas)

La tumba de Agamenón

Cuando en las semanas finales del año 1876, el arqueólogo Heinrich Schliemann envió al rey de Grecia un telegrama que rezaba simplemente «He contemplado el rostro de Agamenón», quedaba culminada una aventura que venía a demostrar de la forma más palpable el alto grado de realidad que poseía la obra de Homero. Ya la producción poética del vate ciego había instigado a muchos interesados en el desentrañamiento de los secretos que guardaba el expoliado suelo de la Grecia recientemente liberada del yugo otomano.

Schliemann había comprobado por medio de sus excavaciones en Troya, la Ilión de Homero, la veracidad de los hechos relatados en la Ilíada. *Ya con anterioridad, se había sentido fuertemente atraído por las descripciones que en los largos poemas de la obra comparaban a Troya con Micenas, afirmando repetidamente la superioridad material de esta última en todos los órdenes. Tras una visita inicial realizada en el año 1868, el arqueólogo alemán volvería de nuevo a las fuentes que le ofrecía la literatura clásica como base material suficiente para el comienzo de su tarea excavadora.*

El Gobierno griego, negándose a permitir la continuación del sistemático saqueo de que había sido objeto su patrimonio artístico por parte de los excavadores extranjeros, se mostraría reticente ante la pretensión de Schliemann de trabajar sobre el espacio anteriormente ocupado por la áurea, *la* opulenta, *la* rica en oro *Micenas. Con todo, llegado el mes de agosto de 1876, ambas partes llegarían a un acuerdo por el que un funcionario oficial griego supervisaría directamente todas las operaciones. Además, la idea del alemán acerca de la localización de las tumbas buscadas no correspondía a la mantenida hasta entonces como válida. Las autoridades, por tanto, no dudaron en otorgar el permiso a unas excavaciones de las que se suponía no saldría ningún objeto notable.*

A partir de la Puerta de los Leones, Schliemann, su mujer y el funcionario oficial dirigirían las operaciones realizadas por los sesenta y tres peones contratados con este fin. Muy pronto, sus previsiones se cumplirían de la forma más absoluta. Lo que en un principio se había considerado como el espacio ocupado por un ágora mostraría su verdadera naturaleza; era el círculo funerario fundamental de la población. Las tumbas de diecinueve personas, hombres, mujeres y niños, ornados en su mayoría por piezas de oro, justificaría las descripciones homéricas de la ciudad, sus luchas y los protagonistas de las mismas.

Eran Atreo, Egisto, Electra, Clitemnestra, Agamenón, quienes aparecían de nuevo a la luz cubiertos de oro. El mito había dejado de serlo, y la verdad histórica se imponía a través de este hallazgo clave en la historia de la arqueología. Una vez más, el mundo griego de los dioses y los héroes se aproximaba a los humanos, en este caso en la Micenas recuperada de la mano de Heinrich Schliemann. La ciencia histórica y la literatura, una vez más, habían demostrado sus claves de coincidencia.



Máscara mortuoria de Agamenón

que los cretenses acababan de abandonar, sin dar tiempo a que otra potencia marítima pudiese aprovecharse para tomar el relevo.

Por entonces pintaba un anónimo artista egipcio la tumba de Rekhmere en Tebas, con sus consabidas hileras de pueblos extranjeros portadores de tributos. Y, al darse cuenta de que los tradicionales *keftiu* habían sido sustituidos por personas con trajes y ofrendas ligeramente distintos de los acostumbrados, tuvo el paciente cuidado de borrar lo que ya no correspondía y reemplazarlo por lo nuevo.

Ese artista muestra que los micénicos seguían llevando las mismas melenas onduladas de los cretenses, pero con un faldellín más largo, y que portaban vasijas adornadas y curiosas, como las que nosotros conocemos a través de las excavaciones de Micenas.

Los dos siglos del apogeo micénico, y sobre todo el segundo de ellos, el siglo XIII a. C., serían recordados nostálgicamente durante la depresión que les sucedió. Y tanto y tan fructíferamente, que la mitología de los héroes griegos se basa en aquellos tiempos y en las brillantes aventuras que entonces ocurrieron.



Vaso de alabastro procedente de Micenas (Museo Nacional, Atenas)

Literatura

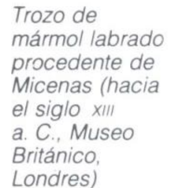
Las oscuras edades en torno al año 100 a. C., y el primer renacer de los siglos posteriores, recrearon las hazañas de los reyes y navegantes micénicos, y revistieron sus figuras, como los imagineros medievales, con trajes y costumbres actualizados; así es como han llegado hasta nosotros los destinos de Agamenón y sus contemporáneos, de la mano de Homero y otros poetas.

No vamos a afirmar, desde luego, que la *Ilíada,* la *Odisea* y los demás poemas épicos sean un reflejo fiel de sucesos de época micénica. La actividad fabulosa de los poetas y la mitificación que el tiempo aporta vetan su uso como fuente de historia. Pero usados a título ilustrativo, y no como pruebas ni documentos, no dejan de ser útiles y, en algún caso, sugestivos e iluminadores.

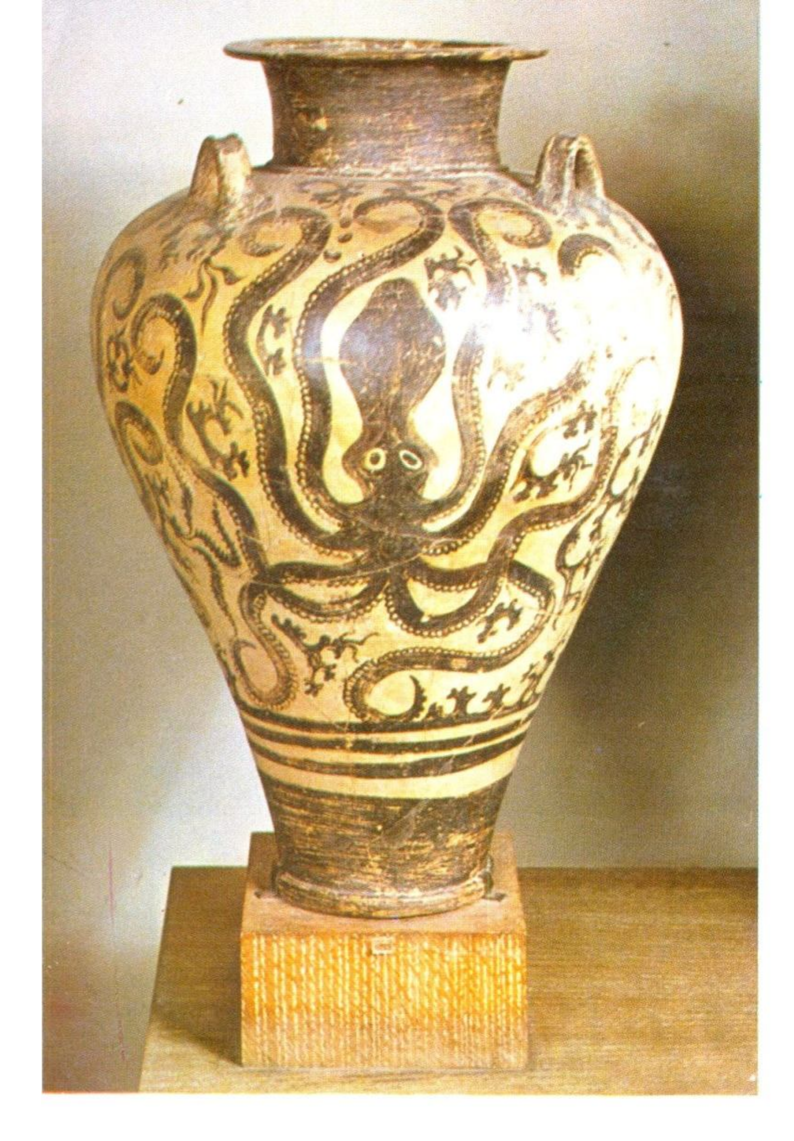
A este respecto, no puede ser casual el que tantos relatos míticos de los griegos se refieren a viajes lejanos, a navegantes perdidos y a



Vaso de plata para libaciones procedente de Micenas (Museo Nacional, Atenas)



Trozo de mármol labrado procedente de Micenas (hacia el siglo XIII a. C., Museo Británico, Londres)



Anfora de estilo marino de Prosymna, siglo XV a.C. (Museo Nacional, Atenas, arriba). *Sello de oro procedente de la cuarta tumba real de Micenas (Museo Nacional, Atenas,* abajo)

tierras de extrañas costumbres. La simple realidad micénica daba pie, como la de las primeras colonizaciones del período homérico, a esta pasión exploradora, y al gusto por el peligro de las aguas.

Entremos en este ambiente: *Entonces, de pronto, a sus pies se alzó una ola y la nave salió despedida a efectos de su violento empuje, volteando como un cilindro hacia delante sobre el cóncavo mar. El remolinante curso los arrastró entre las rocas chocantes. Zumbaron éstas al avanzar a sus costados. Y el maderamen del navío quedó aprisionado entre ellas. En ese preciso instante Atenea apartó una roca con su fuerte mano izquierda, y con la derecha empujó la nave para que pasara a través.*

La nave Argo, guiada por Jasón, acaba de franquear el Bósforo, y así nos relata la hazaña un poeta tardío, Apolonio de Rodas, en su *Argonáutica,* adornando y recreando tradiciones anteriores.

Bajo su fantástico ropaje, sin embargo, el mito de los argonautas encubre una realidad histórica: la dificultad que ofrecía para un navegante micénico alcanzar el mar Negro, y la posibilidad de buscar una ruta (la que Jasón utiliza para su regreso) a través de los ríos centroeuropeos.

La fabulosa riqueza que significa el vellocino de oro no es sino el símbolo de lo que tal viaje puede reportar a quien lo realice, y en torno se elaboran temas de cuento de hadas, con brujas y dragones.

La *Odisea*, por su parte, y como es bien sabido, relata los lejanos viajes de un navegante aqueo hacia el extremo occidente, a regiones poco definidas, más concretas las de la zona itálica (Cíclopes en el Vesubio, Escila y Caribdis entre Sicilia e Italia) y completamente desdibuja-

das, pobladas por ninfas o magas peligrosas, más allá.

En ambos casos, nos encontramos ante las mismas circunstancias: se trata de los dos mayores mitos de viajes entre los griegos, y corresponden a los límites no alcanzados, o sólo vislumbrados por personas aisladas, o conocidos de oídas por los navegantes aqueos.

Jasón parte de Yolco; Ulises quiere llegar a su tierra, Itaca: dos ciudades que son como los extremos septentrional y occidental del ámbito micénico, y cuyos pequeños puertos (Ulises tiene en la *Iliada* doce naves, y Yolco no puede enviar más que once) sólo podrían sobrevivir buscando nuevas rutas por regiones bárbaras, o comerciando con tribus inhóspitas.

Vía de penetración

El mar Negro fue, en efecto, un mundo cerrado para los micénicos: ningún resto concreto de su cultura ha aparecido en él, y hay quien dice que le era totalmente imposible a una nave micénica remontar las fuertes corrientes de los estrechos. Unicamente una nave sobrehumana y legendaria, manejada por héroes como Jasón y los Dioscuros y protegida por el divino poder de Atenea podía acometer tan desaforada empresa.

Sólo cabía la posibilidad de plantearse la travesía a pie entre ambos mares; pero los indígenas eran hostiles, como el Amicos de la *Argonáutica* o, más sencillamente, preferían reservarse las ganancias comerciales de su estratégica situación: tal era el caso de Troya.

Las riquezas del mar Negro debían ser suficientes (sobre todo en cereales) como para que los monarcas aqueos, buscando cualquier pretexto, se uniesen para destruir esta ciudad que, por otra parte, era buena clienta de sus cerámicas. La llamada arqueológicamente Troya VII-A cayó bajo su embestida hacia 1250 a. C. Pero ya poco tiempo les quedaba a los micénicos para aprovechar su victoria.

Las vías de penetración hacia Centroeuropa fueron también un *desideratum* de los aqueos. Pero en este caso sí tenemos rastros de un verdadero comercio: objetos micénicos (espadas, cerámicas), o egipcios, comercializados por los micénicos —como es el caso de unos característicos segmentos de cerámica vidriada divididos en glóbulos—, aparecen en diversos lugares, llegando incluso a Wiltshire y Wessex en Inglaterra.

Lo más probable, sin embargo, es que, igual que en siglos anteriores, los intercambios, que seguían las vías del Adriático o del Danubio (como Jasón), se hiciesen a través de intermediarios más o menos organizados, encargados de acercar al Mediterráneo el ámbar nórdico y, ya con seguridad, el estaño británico.

Hacia el occidente, las últimas costas conocidas con seguridad por los navegantes micénicos seguían siendo las del sur de Italia y Sicilia.

Además de Ulises y del propio Jasón, habían recorrido la zona Heracles, Anténor, Evandro y, según varios historiadores, entre ellos Heródoto, el rey Minos de Creta —un rey micénico de la isla, sin duda—, que incluso murió y fue enterrado en Sicilia. En este caso, las confirmaciones arqueológicas son variadas.

Aunque estaba ya muy decaído el interés por la obsidiana de las Lípari, otras zonas compensaban con creces a los osados comerciantes. Tarento, en el tacón de la bota itálica, debía de ser ya entonces, muchos siglos antes de su fundación oficial como colonia, un verdadero emporio, al que llegaban cerámicas de todas las regiones griegas, Rodas y Chipre incluidas.

Desde allí, se podía seguir la costa adriática hacia el Po y el Danubio, pero la vía principal llevaba a Sicilia. En torno a Siracusa han aparecido armas, joyas y cerámicas micénicas, e incluso se creó allí un alfar en el que se trataba de imitar las cerámicas importadas.

Más allá, sólo se aventuraban los más osados, que atravesaban el entonces peligroso estrecho de Mesina y seguían la costa itálica hacia el norte. Su objetivo, en efecto, era tentador: el estaño de Etruria, mucho más próximo que el británico.

En la isla de Ischia, frente a Nápoles, y en algunos centros etruscos, han aparecido algunas cerámicas aqueas. Lo que hasta ahora no se ha podido confirmar, pese a los esfuerzos de los arqueólogos italianos, es la mítica presencia de Eneas en el Lacio.

Fuera de Italia

Más allá de Italia, parece imposible pensar en una presencia micénica. Los lingotes de cobre chipriotas con inscripciones micénicas hallados en Cerdeña serían transportados por comerciantes de las islas Lípari. Y serían, una vez más, intermediarios quienes llevaron en sus naves pequeños objetos micénicos al sur de Francia y a la costa andaluza.

Los restos más o menos vinculables con la cultura micénica en la península Ibérica son, en efecto, muy raros: unas flechas de sílex tallado, en forma de V, en el dolmen de Matarrubilla, algunos segmentos de cuentas vidriadas (como los citados para Inglaterra) en algún yacimiento argárico (Fuente Alamo), el discutido vaso submicénico de Coria del Río —que, en el mejor de los casos, sería una importación fenicia, posterior a la caída del *imperio* micénico—, y poco más.

En tales circunstancias, se comprenderá que no cabe sino rechazar la teoría según la cual las tumbas en *tholos* de los monarcas aqueos se inspirarían en las de la cultura de Los Millares: más fácil es hallar su origen en algunas tumbas cretenses parecidas, como la de Kephala.

Llegados aquí, lo mejor que podemos hacer es volver como Ulises: *pues habíale ordenado Calipso, la divina entre las diosas, que tuviera la*

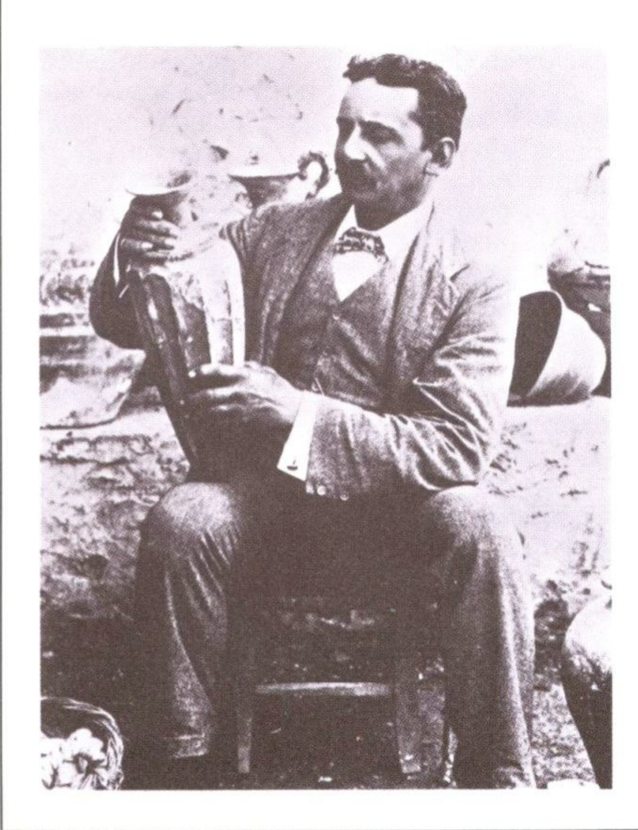
Schliemann y Evans, en busca del mito griego

Las dos figuras más destacadas en los trabajos de excavación arqueológica llevadas a cabo en Grecia componen dos tipos muy diferenciados, unidos finalmente por una tarea común, emprendida en diferentes épocas pero partiendo de presupuestos similares: la demostración de la realidad del mito griego. Tanto Heinrich Schliemann como Arthur Evans estaban dispuestos a poner de manifiesto de forma palpable este hecho, convencidos como estaban de la base histórica sobre la que descansaba una literatura comúnmente identificada con el mito.

Buscadores ambos de fantasmas, el alemán y el inglés trabajarían sobre el espacio heleno con la finalidad de aprehender lo que hubiese de verídico en el fascinador mundo de la antigua Grecia. Schliemann conseguiría demostrar la existencia de la mítica Troya, y del conflicto que se produjo en torno a la misma, cuya sola mención acabaría por alzarse como arquetipo de enfrentamiento bélico.

Más tarde, hallaría pruebas concluyentes de la realidad del esplendor de Micenas. Las grandes figuras del pasado griego cuya existencia había inspirado a los poetas, aquellos personajes considerados hasta entonces como entes de ficción dramática, bajaban de los escenarios para integrarse en el mundo de los mortales. Evans lograría, por su parte, demostrar la realidad de las leyendas de Creta, isla donde había nacido Zeus, hijo de Rea, la madre tierra.

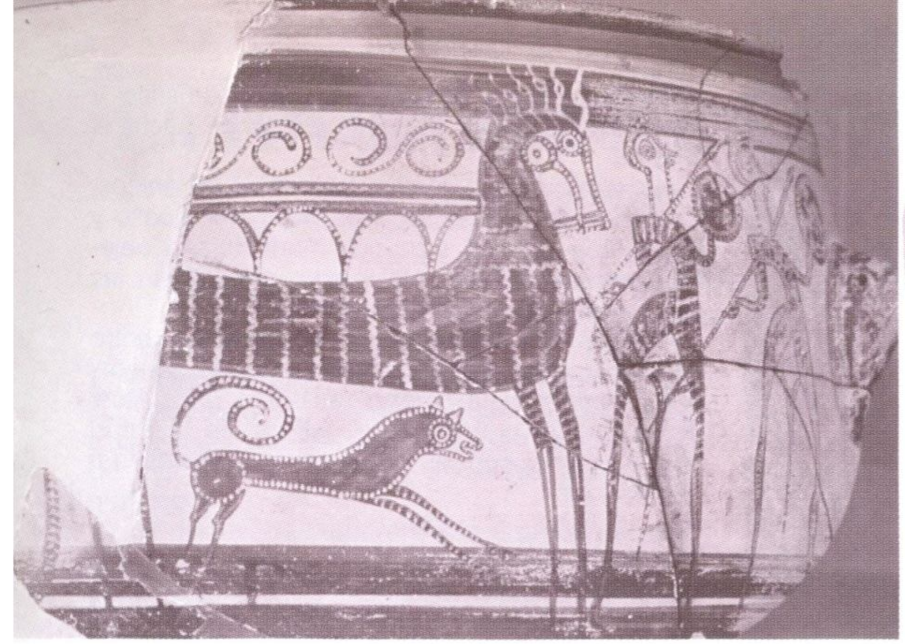
Schliemann constituía un claro exponente de un proceso autodidacta, hijo de familia privada de recursos económicos que le permitiesen realizar los estudios hacia los que le empujaba su vocación. Evans, por el contrario, había nacido en el seno de una familia capaz de facilitarle el ingreso en las mejores universidades de Inglaterra. Ambos, por diferentes caminos, alcanzarían la inmortalidad como recuperadores de una historia fantástica pero real, dotada de todos los atributos necesarios para considerarla invento de poetas pero susceptible también de haber tenido una plasmación efectiva en el tiempo. Los dos devolvieron a la ciencia histórica lo que le era debido, y supieron conservar junto a ello toda la fascinación con que el misterio y el desconocimiento habían cubierto las realidades que trataron.



Arthur Evans



Heinrich Schliemann





Fragmento de una crátera de Tirinto, siglo XIII a. C. (Museo Nacional, Atenas)



Anfora micénica procedente de Ialysus, siglo XIV a. C. (Museo Británico, Londres)

Osa a la mano izquierda durante la travesía. Diecisiete días navegó, atravesando el mar, y al decimooctavo pudo ver los umbrosos montes del país de los feacios en la parte más cercana, apareciéndose como un escudo en medio del sombrío ponto (Trad. L. Segalá).

Ignoramos a ciencia cierta cuál era el país de los feacios, pero desde luego era un lugar civilizado, con ciudades y reyes: era el Mediterráneo oriental, el mundo en el que los micénicos vivían y no se sentían forasteros.

Si el Occidente y el Norte daban pie a leyendas fabulosas por su escaso conocimiento, las costas de Egipto y del Asia Anterior eran con mucho las tierras que preferían los aqueos, aunque, eso sí, de tan conocidas y familiares, apenas interesaban a los poetas.

Oriente

Se recordaban, sí, expediciones por estas zonas. Estrabón y Heródoto relatan cómo Anfíloco, a su regreso de Troya, acompañado al principio por el adivino Calcante, y después solo, recorrió toda la costa de Anatolia hasta fundar una ciudad, Posideo, en los confines de Siria. De ello quizá se hablaba en el perdido poema épico de *Los regresos*, algo posterior a Homero. En él también se contarían las andanzas de Menelao, a cuyos cinco barcos, según la *Odisea*, *los allegaron a Egipto el viento y el mar con su impulso*. Pero el simple conocimiento de estas zonas hubo de influir en la pérdida de los versos. Egipto estaba íntimamente unido a Grecia por mitos como el de Io o el de las Danaides, o por viajes semicómicos como el de Heracles.

Fenicia, sea la de entonces o la del I milenio a. C., también intercambió viajeros míticos o civilizadores con la Hélade. Los intercambios llegaron a ser constantes y no admitían relatos maravillosos.

En el campo histórico y arqueológico, esta visión se confirma por completo. Si en el Occidente o el Norte las piezas son tan contadas que incluso se conocen con nombre propio, aquí nos encontramos casi siempre decenas, centenares de objetos o fragmentos procedentes del mundo micénico en cada localidad, y estas localidades forman un tejido tan apretado que sería tedioso intentar hacer su enumeración.

Los micénicos, que por imperativos del comercio cretense habían tenido que dedicarse a las zonas abandonadas de Europa (haciéndose los pioneros de su descubrimiento), sabían muy bien que los verdaderos negocios se hacían en Oriente, y se lanzaron a este campo en cuanto pudieron.

Frente a la docena de naves de Ulises, las grandes ciudades del sur de Grecia y Creta —Micenas, Argos, Pilo, Cnoso— podían alinear de 80 a 100 bajeles cada una para la guerra de Troya: ellas eran las que se enriquecían con el comercio de Siria y Egipto, y basta ver un mapa de los yacimientos micénicos para apreciar cómo se concentran en las costas este y sur de la Grecia continental y de Creta.

La misma dirección tomaron los micénicos para su expansión territorial. El llamado impropiamente *imperio* micénico, más bien conjunto de ciudades independientes con la misma cultura, a veces peleadas entre ellas, pero que en algún momento especialmente grave debían aceptar la suprema autoridad del rey de Micenas, se extiende hacia el este.

Hacia el norte apenas se sobrepasa la línea Delfos-Yolco, todas las islas del Egeo entran pronto en su dominio, y lo mismo ocurre con la costa de Anatolia al sur de Troya. Bien conocidos, a este respecto, son los problemas que causaban al imperio hitita estos reinos costeros de *Ahhijawa* o *aqueos*, citados a menudo en las tablillas de Hattusas.

Pero la expansión no se paró ahí. Chipre quedó dominada pronto, si no políticamente, sí por



Casco de marfil de época micénica III (Museo de Heracleion)

Anfora con decoración marina procedente de Perate, siglo XIII *a. C. (Museo Nacional, Atenas)*



lo menos desde el punto de vista artístico y comercial, y formó la punta de lanza hacia el Oriente.

Haciendo escala en ella, los navíos micénicos, cargados de vasijas, objetos de metal, aceite y ungüentos a la ida, y de oro, marfil, telas y objetos de pasta vítrea a la vuelta, dominaban las aguas costeras del levante asiático.

Aunque el rey de Ugarit no admitiese, entre las lenguas de su cancillería, la de los aqueos, éstos tenían en la ciudad un barrio para ellos, como en los puertos más activos de la Edad Media ocurría con las colonias de genoveses o venecianos.

Un gusto internacional

Los contactos con los puertos de la costa siria eran tan intensos, y tan activa la artesanía de la zona, basada sobre todo en el marfil de los últimos elefantes que por allí se cazaban, que llegó a crearse un gusto artístico homogéneo: la llamada *koiné micénica*.

Si dentro del propio *imperio* micénico había estilos locales, como los de las cerámicas cretenses, rodias y chipriotas, lo cierto es que algunos caracteres son tan comunes y generalizados, que a veces es imposible, sobre todo ante ciertos trabajos en metal o en marfil, adivinar dónde fueron elaborados: las figuras femeninas aparecen con las faldas de volantes cretenses; los animales se extienden en un galope desmesurado; se difunden animales fantásticos como el grifo, o escenas estereotipadas como la vaca amamantando a su ternero... y todo ello en una serie de talleres que llegan a veces hasta la propia Asiria.

Egipto queda, hasta cierto punto, ajeno a este complejo fenómeno. Su comercio con los aqueos está bien acreditado, tanto por las piezas de época de Amenofis III halladas en Micenas (entre las que se cuenta la figura de un mono de pasta vítrea) como por las 800 vasijas micénicas halladas en las ruinas del Tell el Amarna, capital del hereje Akenaton.

Pero lo cierto es que la *koiné micénica,* como fenómeno cultural, es el primer caso de un gusto internacional de gran extensión. Y su arraigo llegó a ser tal, que cuando, en torno al 1200 a. C., se derrumbe el comercio micénico, y comience la rápida degradación de la cultura aquea, serán dos zonas inicialmente ajenas a ella las que mejor conserven sus tradiciones en el campo artístico: Creta, cuyas vasijas decoradas con pequeñas escenas son preciosas para conocer la sociedad micénica tardía, y, curiosamente, la costa del actual Israel: allí, en efecto, y a raíz del fracaso de los pueblos del mar (entre los que se encontraban aqueos) contra Egipto, quedaron instalados algunos de sus componentes, y éstos desarrollaron una aislada producción cerámica con decoraciones netamente micénicas: es la llamada *cerámica filistea*, y sus realizadores, probablemente, los antepasados de los filisteos de la Biblia.

La Grecia micénica (1600-1100 a. C.)

El panorama arqueológico

Por Antonio Blanco Freijeiro
De la Real Academia de la Historia

EL desciframiento de la escritura micénica realizado por M. Ventris en 1952 ha dado lugar a que los estudios prehelénicos hayan dejado de ser de competencia exclusiva de los arqueólogos.

Las dificultades inherentes a una lengua que, si bien es griego, plantea grandes problemas de comprensión, sumadas al estado fragmentario en que la documentación escrita se encuentra, han hecho necesaria la contribución de los lingüistas a la tarea de reconstruir no sólo la lengua, sino el panorama histórico de la época.

Los avances no han sido tan espectaculares ni tan firmes como en un principio se esperaba. El hecho de que los textos sean en su casi totalidad etiquetas y registros administrativos merma considerablemente su utilidad a efectos históricos, especialmente si se compara ésta con la de las fuentes escritas de Egipto y del Cercano Oriente.

Para complicar más las cosas, resulta que la epopeya griega de época clásica, cuya primera redacción se remonta como mucho a finales del siglo VIII a. C., versa sobre personajes, localidades y hechos que vivieron o sucedieron en esta época micénica, o al menos así lo creían sus autores.

Esta circunstancia pesa del tal modo en el ánimo de todos, que resulta muy difícil no proyectar la visión de Homero y de los homéridas sobre aquella sociedad que en rigor había sido quinientos años anterior a todos ellos.

Somos conscientes, en efecto, de que la realeza homérica no guarda relación alguna con la micénica, pero aun así, nos sentimos incapaces de disociar por completo al Agamenón de Homero de la Micenas descubierta por Shliemann (ver HISTORIA 16, número 31), y lo mismo a Néstor, del palacio que conocemos en Pilo. Y no son sólo las personas, sino la organización social, militar y política, las instituciones y los elementos materiales. Poco es lo que los griegos de época clásica supieron de todo esto, de modo que para trazar el cuadro vívido que del mundo micénico nos dan, no tuvieron más remedio que proyectar sobre él la visión de su propio mundo.

Separando lo uno de lo otro, los elementos arqueológicos de que disponemos y las deducciones lógicas basadas preferentemente en los



Panorama de la tumba del círculo A de Micenas

mismos permiten bosquejar un cuadro como el siguiente.

Desde el siglo XVI a. C. la Grecia continental en la que los primeros griegos (los *aqueos)* se habían ido asentando desde doscientos o trescientos años antes se desliga del resto de la Europa prehistórica para incorporarse al conjunto de los pueblos civilizados, esto es, a Creta, en primer lugar, y a los orientales de Egipto y de Asia, en segundo.

Monarquía y nobleza

Este pasar de uno a otro bando se pone de manifiesto en los conjuntos urbanos y palaciales que empiezan a constituirse, en el empleo de la escritura y, sobre todo, en un pasmoso auge de las artes industriales, que sólo en una refinada civilización pudieron tener el marco adecuado.

Residencias que pueden sin hipérbole calificarse de palacios se alzan en Micenas, en Pilo, en Tirinto, en Orcómeno, en Tebas, en Yolco. En sitios como Atenas, aunque sus restos no se hayan detectado, su presencia está garantizada no sólo por una tradición muy firme (de la que aquí no vamos a hacer uso), sino por la muralla ciclópea de la Acrópolis, a la que los antiguos llamaban *Pelárgikon*.

Varios de estos alcázares se encuentran en altozanos, en posición dominante sobre la ciudad que se extiende a sus pies. Su arquitectura ofrece elementos grandiosos y exclusivos, como el *mégaron* (una habitación rectangular, de gran prestancia, precedida de un vestíbulo con porche columnado), que las viviendas normales no poseen, además de lujos decorativos muy por encima de lo común.

En sus numerosas estancias subsisten, además, huellas claras de la actividad de escribas y administradores, de talleres de artesanos, especializados en la manufactura de armas, de joyas, de sellos, de objetos de loza... Del sentido de previsión del dueño dan buen testimonio los almacenes de alimentos y de otras mercancías. No haría falta que Homero nos dijese que en muchos de estos lugares vivían *reyes*, para deducirlo del ambiente que los rodeaba.

La misma deducción cabe hacer a partir de sus tumbas, las cámaras circulares llamadas *thóloi*, como el *Tesoro de Atreo*, en Micenas. No son tan numerosas estas tumbas como los hipogeos abiertos en la roca (aunque tanto éstos como aquéllas sean panteones familiares); además, la riqueza de los ajuares de las *thóloi*, cuando no ha sido pasto de los depredadores de tumbas, es infinitamente superior a la de los hipogeos.

Cabe entonces atribuir también las *thóloi* a familias reales, aun cuando no conozcamos sus residencias. De ser así, habría que añadir a las sedes regias antes apuntadas las de Prosimna, Cacóvato, Vafio y Dendra, lo que eleva a once el número de las localizadas en la Grecia continental.

En el caso concreto de Micenas conocemos, además de las *thóloi*, las tumbas de pozo de los primeros miembros de la dinastía, afortunadamente intactas cuando Schliemann las descubrió.

Forman estas tumbas dos grupos, rodeados de sendos muros circulares (de donde su nombre de *círculos* A y B), erigidos en época posterior, para deslindar su dominio del ambiente profano que los rodeaba. Estos *círculos* son, por tanto, los antecedentes inmediatos de las *thóloi*, y panteones regios al igual que éstos.

Desgraciadamente, la arqueología no puede dilucidar si el rey de Micenas tenía hegemonía sobre los demás reyes aqueos. Homero creía que sí, pero ignoramos si esa creencia se basaba en una tradición fidedigna o en la aplicación al pasado de una situación propia de su época.

Lo único que la arqueología puede señalar por sí misma es que Micenas posee la exclusiva de algunas piezas muy representativas: las estelas funerarias con relieves, de piedra; las máscaras de oro para los hombres; la gargantilla del mismo metal, con águilas emparejadas, que parece propia de una reina.

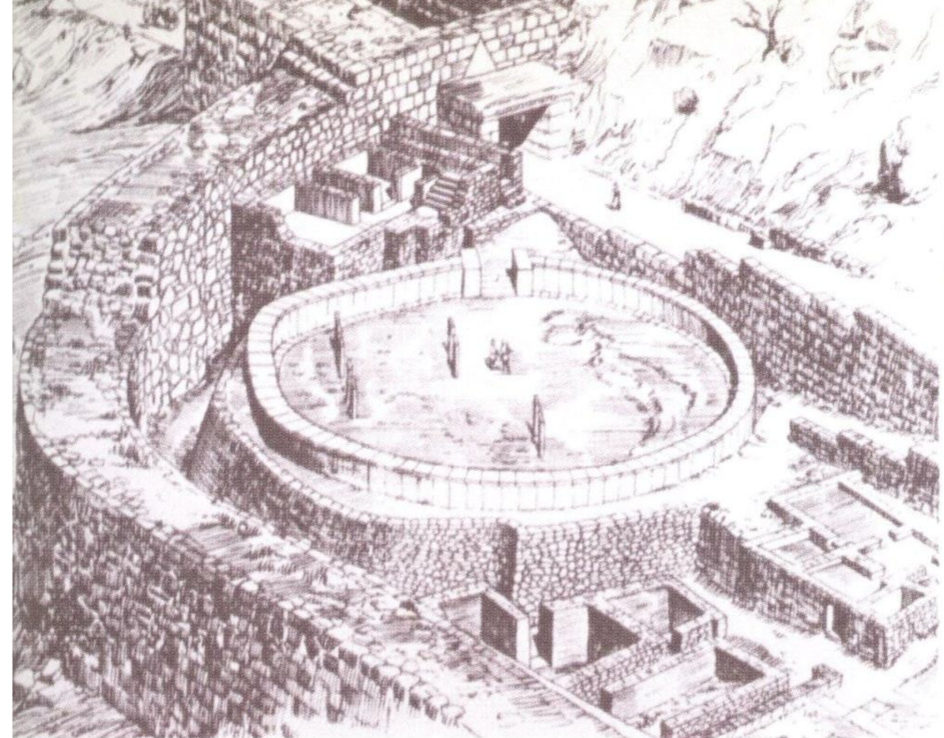
Se trata, pues, de preseas bastante llamativas, pero no tanto como para garantizar el rango superior de estos reyes con respecto a los demás, ni siquiera en la época de las *tumbas de pozo*, que es la más antigua (siglo XVI).

Sorprenden el apego al pasado y el conservadurismo patentes en estos signos de poder y de riqueza. ¿Cómo, si no, pudieron mantenerse durante tres o cuatro siglos, al lado de otras formas más sencillas y manejables, los mismos aparatosos escudos de piel de toro en forma de ocho, los mismos cascos de colmillos de jabalí, etcétera?

Parece como si aquellos aristócratas tuviesen especial empeño en acreditar la legitimidad de su posición, en demostrar que no eran funcionarios ni advenedizos, sino nobles de sangre y de linaje; que sus mansiones y sus tumbas eran las mismas en que habían habitado y, al término de sus días, reposado sus ilustres antepasados durante multitud de generaciones.

En esta autoafirmación se adivina la puja entre dos estamentos: el de los reyes, instalados en sus alcázares y escoltados por un ejército permanente, que no sólo nos ha dejado allí su armería, sino que figura pintado en algunos vasos del palacio, y el estamento de la nobleza de rango, menos establecida en el campo, pero también militarizada y dueña de grandes recursos económicos.

En vista de lo que se deduce de los documentos hititas, los reyes de esta época acostumbraban convocar a sus nobles para llevar juntos la guerra a países muy lejanos, a veces, y en cualquier dirección, con tal que las perspectivas de botín fuesen buenas. El panorama arqueológico permite suponer que algo por el estilo estaba en vigor en el mundo micénico.





Efigie de un rey micénico grabada en una amatista de 8 mm de diámetro

Reconstrucción ideal del círculo de tumbas de Micenas

Cuesta trabajo creer que dos alcázares tan próximos entre sí y tan poderosos como Micenas y Tirinto hayan podido ser independientes uno de otro durante el medio milenio que duró la época micénica. La historia de las *poleis* (ciudades) griegas posteriores nos indica, sin embargo, que la independencia era posible; lo mismo revela la historia de los pequeños reinos de Mesopotamia y Siria de la etapa anterior a Hammurabi, cuando dos palacios de dos Estados distintos podían verse a simple vista, aunque en lontananza.

La miseria de la arqueología es que cuando no encuentra documentos escritos, no acierta a dar respuesta a preguntas como ésa, ni aun disponiendo de los restos de cinco siglos de vida histórica. Y lo peor es que si en el presente caso ha encontrado documentos, éstos tampoco arrojan luz sobre el problema.

El mensaje de las artes decorativas

El oro que le granjeó a Micenas el calificativo de *polychrisos* con que Homero la distingue, el oro que encontró Schliemann en las tumbas de pozo y otros han encontrado después en diversos lugares del país, revelan que el mundo micénico mantenía lucrativas relaciones con el exterior, pues el oro no es un metal que exista en suelo griego.

Los súbditos de la talasocracia (imperio marítimo) cretense, como los habitantes de las elegantes casas de la isla de Tera con anterioridad a la erupción volcánica que les obligó a abandonarla, podían, sin duda, allegar grandes riquezas comerciando con el cobre, con el aceite, con el trigo, con los esclavos, con las manufacturas en que aquella civilización era pródiga; pero los micénicos, ¿qué podían hacer los micénicos para procurarse esos caudales de metales preciosos de que alardean en sus palacios y en sus tumbas?

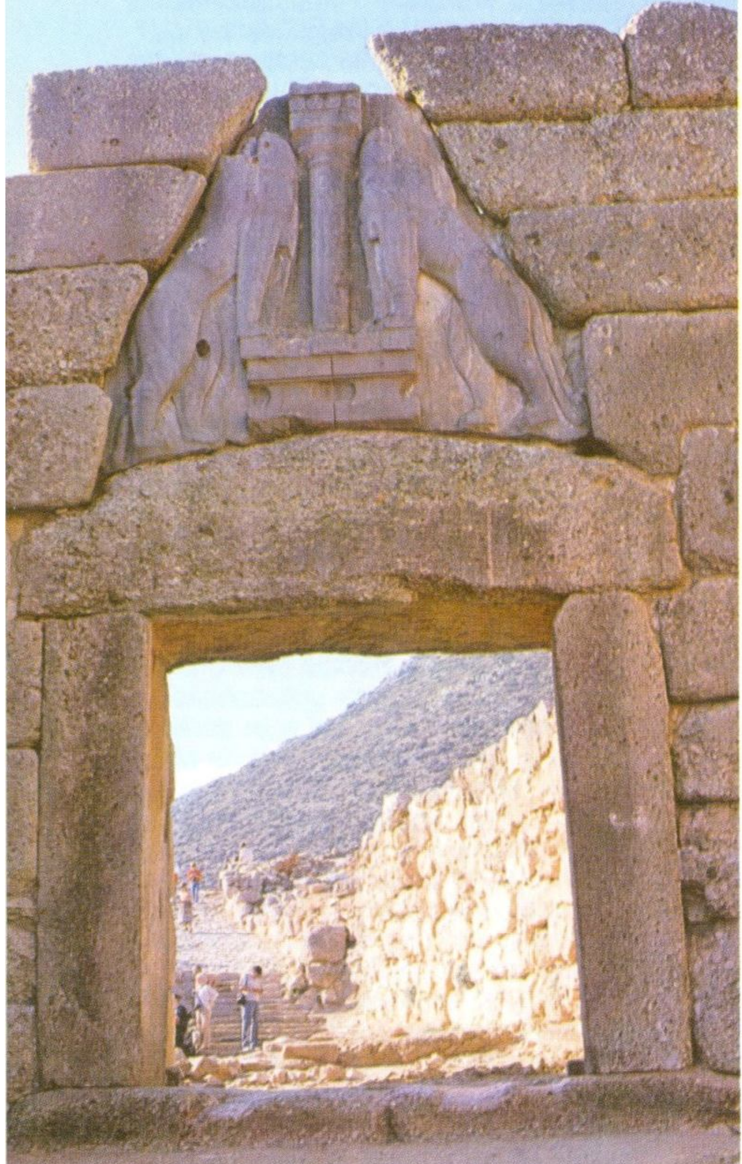
Podían —y esta posibilidad ha sido muy tenida en cuenta por tan buen conocedor e investigador del mundo prehelénico como Marinatos— actuar como mercenarios de los Estados anatólicos y sirios, y sobre todo mercenarios de los tebanos de Egipto, en un momento tan crucial para el país como el de la expulsión de los hicsos, establecidos de tiempo atrás en el mismo.

Sus magníficas armas de bronce y, sobre todo, sus veloces carros de caballos hacían de los príncipes micénicos unos aliados muy de estimar en caso de guerra, quizá los mejores especialistas, junto con los mitannios, con que se podía contar en el mundo de entonces. Y si hacían falta barcos para ir de un lado a otro, allí estaban los cretenses y sus aliados para atender a la demanda. He aquí, por tanto, una verosímil fuente del ingreso de tanto oro como revierte sobre Grecia en el segundo milenio.

Los portadores de objetos de regalo de inconfundible aspecto cretense pintados en tumbas egipcias son tan famosos desde hace tiempo como los productos egipcios aparecidos en Grecia. Estos podían ir tan lejos como para decorar con elementos auténticos toda una habitación. Las placas de loza que llevaban el sello de Amenofis III (1403-1364 a. C.) en el palacio de Micenas, pertenecían con suma probabilidad a una *cámara egipcia* que el faraón habría regalado a su *hermano* micénico.

Es más, las influencias patentes en las artes decorativas pudieran alcanzar a dominios puramente espirituales, del orden de las prácticas funerarias y de las creencias en el más allá. ¿Por qué no habían de creerse inmortales los reyes micénicos como se creían los egipcios?

El estado de conservación en que aparecieron



Thóloi *conocido como el* Tesoro de Atreo, *Micenas* (arriba). *Puerta de los Leones de Micenas* (abajo)

los restos de algunos de los príncipes enterrados en Micenas hicieron pensar a Schliemann en un proceso de embalsamamiento, que por desgracia no fue estudiado en el momento con la calma y la precisión que hubiera requerido. Si a esto se añaden las máscaras de oro con la efigie individual del difunto, los pectorales del mismo metal, las diademas de las princesas, los envoltorios áureos de los infantes y toda la restante parafernalia, cabe apreciar en el mundo micénico, aunque sólo sea en esta capa regia de la sociedad, una curiosa concomitancia con el ritual egipcio del funeral y de la vida de ultratumba, en el que la conservación perpetua de la efigie del difunto era fundamental para su supervivencia.

En el mismo sentido de algo hecho para las exequias, y no antes para el personaje vivo (como podían serlo las armas, insignias y joyas que también lo acompañaban en la tumba), han de contemplarse las diminutas balanzas de oro y las barcas en miniatura, evocadoras aquéllas del pesaje de las almas en el juicio de Osiris, e instrumentos éstas del viaje al más allá que ha de emprender el espíritu del muerto. Comoquiera que sea, hay que reconocer en ello el abismo que separa las concepciones micénicas del más allá de las de sus descendientes griegos del primer milenio.

Si bien se mira, es lógico que los micénicos, abiertos como estaban a los países próximos del mundo civilizado, se pareciesen a sus coetá-



Máscara funeraria de oro hallada en las excavaciones de las tumbas reales de Micenas (Museo Nacional, Atenas)

Puñal micénico de bronce con incrustaciones de oro, siglo XVI *a. C. (Museo Nacional, Atenas)*

Otra máscara de las tumbas reales, siglo XV *a. C. (Museo Nacional, Atenas)*

neos muchísimo más que a sus herederos de siglos por venir. Los funerales de Héctor, tal y como Homero los describe al final de la *Ilíada* —la enorme pira de leña; la cremación del cadáver hasta dejar mondos los huesos; la colocación de éstos en una urna que se deposita en una tumba sin ajuar de ninguna clase; la erección de un túmulo de piedras bien dispuestas y de tierra encima; el banquete funerario en casa de Príamo—, no atisban ni de lejos lo que hubo de ser el funeral de un príncipe micénico.

En cuanto a las sepulturas del pueblo llano, éstas acusan también unas diferencias profesionales y sociales mucho más sensibles que las de cualquier sociedad primitiva. No se trata de las diferencias naturales que pueda haber entre

la tumba de un soldado, a quien acompañan sus armas, y la de un campesino o la de un menestral, sino incluso entre las de éstos. Las tabletas de la escritura lineal B confirman que, en efecto, en oficios como el de pastor se distinguían *vaqueros, ovejeros* y *cabreros;* entre los obreros de la construcción, *canteros, albañiles, carpinteros,* etcétera.

El lustre de las artes mayores

La realeza micénica, como en su tiempo hiciera la cretense, puso el arte al servicio de sus ideas y de sus intereses. El arte y la ingeniería.

La arquitectura megalítica, por ejemplo, es un privilegio del que los reyes tienen la exclusiva y que ni siquiera los nobles comparten. A las mansiones de éstos no se les consienten las obras de fortificación, por más que sus amos tengan el derecho a portar armas y a organizar y mandar tropas. Las murallas de Micenas, de Tirinto, de la acrópolis de Atenas, etcétera —todas ellas sedes regias—, emplean una técnica de construcción con inmensos bloques sin labrar, no sólo innecesaria, sino tan desproporcionada a su fin práctico, que los griegos de época clásica, hombres de otra mentalidad e incapaces de comprender para qué se habría hecho aquello, la atribuían a los cíclopes o a algún Hércules tan fuerte como éstos.

Su rudeza no es fruto de impericia, sino de una voluntad férrea y consciente. En prueba de ello, se la hace alternar con tramos de sillería prismática, en los que se intercalan elementos escultóricos tan refinados, sin menoscabo de su porte monumental, como el relieve de la columna flanqueada por leones que corona la puerta principal de la acrópolis de Micenas.

Esta misma técnica de sillería fue empleada en las tumbas de cúpula *(thóloi)* de la última época de Micenas: la de Egisto, la de Clitemnestra, la de los Leones y, sobre todo, la de Atreo, la primera en el tiempo de las obras maestras de la arquitectura europea.

Sin necesidad de asumir un tamaño descomunal (15 metros de diámetro por 13 de altura), la tumba de Atreo eclipsa a todos sus congéneres por el esmero de su labra y de sus proporciones. Y eso que hoy la vemos despojada de los florones de bronce y demás ornamentos que en su día la engalanaban.

El núcleo del palacio micénico está constituido por un salón rectangular, precedido de un pórtico cuyos flancos están cerrados por la prolongación de los muros laterales de aquél. A esta unidad arquitectónica la llamaban los griegos *mégaron* y ella se derivaba el templo griego, por muy enriquecido de pórticos y de otros elementos accesorios que se hallase.

Los palacios no sólo pueden, sino que acostumbran a tener varios *mégara,* pero ello no obsta para que uno de ellos sea el principal: aquel en que se encuentra el trono del rey y la tarima de la estatua del dios, ante la cual realiza el monarca los actos de culto.

Desde que se entra por la puerta principal de una de estas acrópolis hasta que se llega al *mégaron* principal, hay que efectuar un recorrido bastante largo de patios entre murallas, de porches cubiertos (propíleos) que realzan y refuerzan las puertas, de patios interiores rodeados de pórticos o de los muros en que se abren las puertas y ventanas de las escaleras y estancias del palacio.

Conforme se avanza, puede observarse una gradación de lo modesto a lo grandioso. El *mégaron* será la culminación de toda esta secuencia, exponente de un efecto que se ha buscado con plena deliberación.

Aunque la entrada no se haya hecho siguiendo una línea recta, como ocurre en Tirinto, donde el recorrido asume la forma de U, el espectador recibe la impresión de hallarse en un edificio muy distinto de un palacio cretense, a pesar de la gran analogía de los elementos constructivos y decorativos: lo que en Creta parecía un laberinto (y, en verdad, dio nombre al laberinto) se trueca aquí en una ordenación clara, racional y lógica, como lo que de hecho era: el fruto de una mentalidad contraria a la cretense.

La pintura mural es mucho más esclava que la arquitectura de sus prototipos cretenses, sobre todo de los de carácter ritual y religioso: los desfiles de portadores de ofrendas, los sacrificios, las corridas de toros. No se trata sólo de la repetición de los temas, sino de los tipos humanos, trajes, peinados, utensilios de ritual, etcétera.

También se adopta el repertorio de seres vivos y de objetos inanimados, revestidos por los cretenses de un simbolismo religioso más o menos evidente: el pulpo, el delfín, el bucráneo (cabeza de toro), los llamados cuernos de consagración, etcétera.

La causa de este inmovilismo ha de buscarse en la estabilidad del ritual religioso y de los hábitos y ornamentos litúrgicos correspondientes. El mismo fenómeno se puede observar en la historia del arte sacro de religiones como la católica. Si algo nuevo cabe advertir en lo micénico, con respecto a lo cretense, es el empobrecimiento y la sequedad, que contrastan con la lozanía y la exuberancia de los modelos.

El palacio de Pilo ofrece escenas de guerra entre micénicos y rivales de aspecto bárbaro, semidesnudos o vestidos de pieles. Se trata de una interesante muestra de pintura de historia. Tanto ésta como la de escenas de caza no cuentan con antecedentes cretenses, o al menos no tan claros como los que señalaron el rumbo a la pintura de temas religiosos.

La religión

Nuestro conocimiento de esta parcela de la cultura micénica se funda hoy en dos órdenes



Estela funeraria procedente de Micenas, siglo XVI *a. C. (Museo Nacional, Atenas)*





Dos sellos de oro procedentes de Micenas, siglo XVI *a. C.* A la izquierda *se representa a una diosa y posibles ninfas;* en el centro *puede verse claramente un labris (doble hacha).* A la derecha, *posible representación de Dionisio sobre un carro tirado por cabras*

de fuentes muy difíciles de coordinar: las epigráficas y las arqueológicas.

Según las primeras, casi todos los dioses de la Grecia clásica están presentes en los documentos de la escritura lineal B; según las segundas, sobre todo según la glíptica, que al igual que en las culturas del Próximo Oriente, encierra un muestrario iconográfico riquísimo, la diferencia entre la religiosidad micénica y la griega puede sin hipérbole calificarse de abismal.

Dos cosas da la arqueología por ciertas: a) que la religión micénica no es la homérica; b) que por la naturaleza y la parquedad de nuestras fuentes no podemos, ni quizá podamos nunca, interpretarla con tanta confianza como se hace con la de los pueblos orientales o la de los griegos históricos.

No estamos siquiera en condiciones de dilucidar si las figuras que tanto se prodigan en las obras de la glíptica, es decir, en los grabados de los sellos de metal y de piedra, representan un panteón homogéneo y jerárquicamente ordenado, donde al lado de una gran diosa haya habido otras diosas distintas (del Laberinto, de las palomas, de las montañas, de los árboles, de los vientos, de la guerra...), o si todas esas figuras son manifestaciones y advocaciones de una única gran madre. Quienes abandonan la cautela y asumen una u otra interpretación no hacen más que recorrer un camino imaginario.

Sin tomar partido ante esa alternativa, la arqueología permite deducir, de los monumentos figurados, que la divinidad se manifestaba a los cretenses y a los micénicos en los fenómenos naturales: la luz, el cielo, las montañas, los árboles, las aguas, las estaciones del año, los grandes momentos de la vida del hombre y de los seres vivos.

Las potencias ocultas detrás de toda esa fenomenología estaban personificadas por dioses antropomorfos o hídridos, que no se contentaban con habitar un mundo aparte, sino que se hacían presentes en el nuestro merced a los actos del culto religioso, unas veces en persona, provistos de los instrumentos de su poder o acompañados de ellos —el escudo y la lanza, el león, el grifo, la esfinge, el toro, la paloma...—, o bien encarnados en las personas de sus representantes reconocidos: el rey y los ministros del culto, sobre todo las sacerdotisas. En cuanto seres vivos, los dioses necesitaban alimentos, bebidas, esclavos, vestidos, adornos, ungüentos

Puerta de los Leones vista desde el interior del recinto amurallado de Micenas



Diadema de oro (arriba) *y taza de Vafio* (abajo). *Ambas piezas, de los siglos* XV-XVI *a. C., se encuentran en el Museo Nacional de Atenas*



y bálsamos, perfumes y multitud de otros dones de la naturaleza y de la industria.

Su epifanía o aparición en los actos del culto era fundamental. El temor y el respeto que infundían en sus fieles impulsaban a éstos a doblar las rodillas o bien a bajar la cabeza y mirar al suelo y a ponerse la mano como visera sobre los ojos (el que Jucker ha denominado *gesto del aposkopein,* mantenido por la religión clásica).

Pero no era sólo temor lo que la divinidad inspiraba, sino también confianza, entusiasmo y amor, que se manifestaban en el éxtasis, en la danza y en otras reacciones dinámicas, provocadas por el dinamismo que animaba al espíritu divino.

Lo mismo que en Creta, muchos lugares de culto del mundo micénico se hallan en la campiña, no entre las casas de las aldeas o de las ciudades, y se pueden identificar como tales por las ofrendas depositadas en ellos: vasos de formas especiales (páteras, *rhyta* —vasos de libación en forma de animal o de cono, esfera, y otras no usuales en la vajilla doméstica, etcétera—), estatuillas de dioses y de orantes, un tanto esquemáticas, pero con expresivos ademanes: los brazos alzados —*figuras en psi*— o en jarras —*figuras en phi*—; estatuillas de animales, bueyes sobre todo, las víctimas predilectas de los dioses.

Muy a menudo estos restos subyacen bajo los de los más célebres santuarios de época clásica —Epidauro, Egina, Delfos, Delos, Eleusis—, acreditando la antigüedad y la continuidad de los cultos, aunque la divinidad venerada no fuese en todos los tiempos la misma.

Vista del conjunto de la Acrópolis de Micenas

A pesar de ello, los centros neurálgicos, o como hoy se les llamaría, *decisorios,* de la religiosidad no se encontraban en estos santuarios rústicos, sino en los palacios. Para no dejar ningún cabo suelto, las autoridades de la época asumían también la dirección de los espíritus.

Las pruebas en que lo manifiestan son tan abrumadoras, que se les puede calificar de príncipes sacerdotes, equiparables en todo a los del Próximo Oriente. La riqueza de sus ornamentos sagrados supera con creces cuanto del mismo género ofrecen los santuarios rústicos: sus vasos de libación están primorosamente decorados, cuando son de cerámica; pero ellos poseen además muchos de esteatita, de alabastro y de metales preciosos, como los célebres *rhyta,* en forma de cabeza de león y de toro, hallados en Micenas.

Las vasijas lustrales; las hachas dobles, de bronce, de loza e incluso de oro, utilizadas en el culto; los *cuernos de consagración* que coronan los pórticos y los muros de sus residencias; la multitud de objetos rituales de que están colmadas las estancias palatinas que no corresponden a las habitaciones del servicio...; todo corrobora la estampa del rey *amigo y confidente de Zeus,* cuyo recuerdo persistía en época clásica.

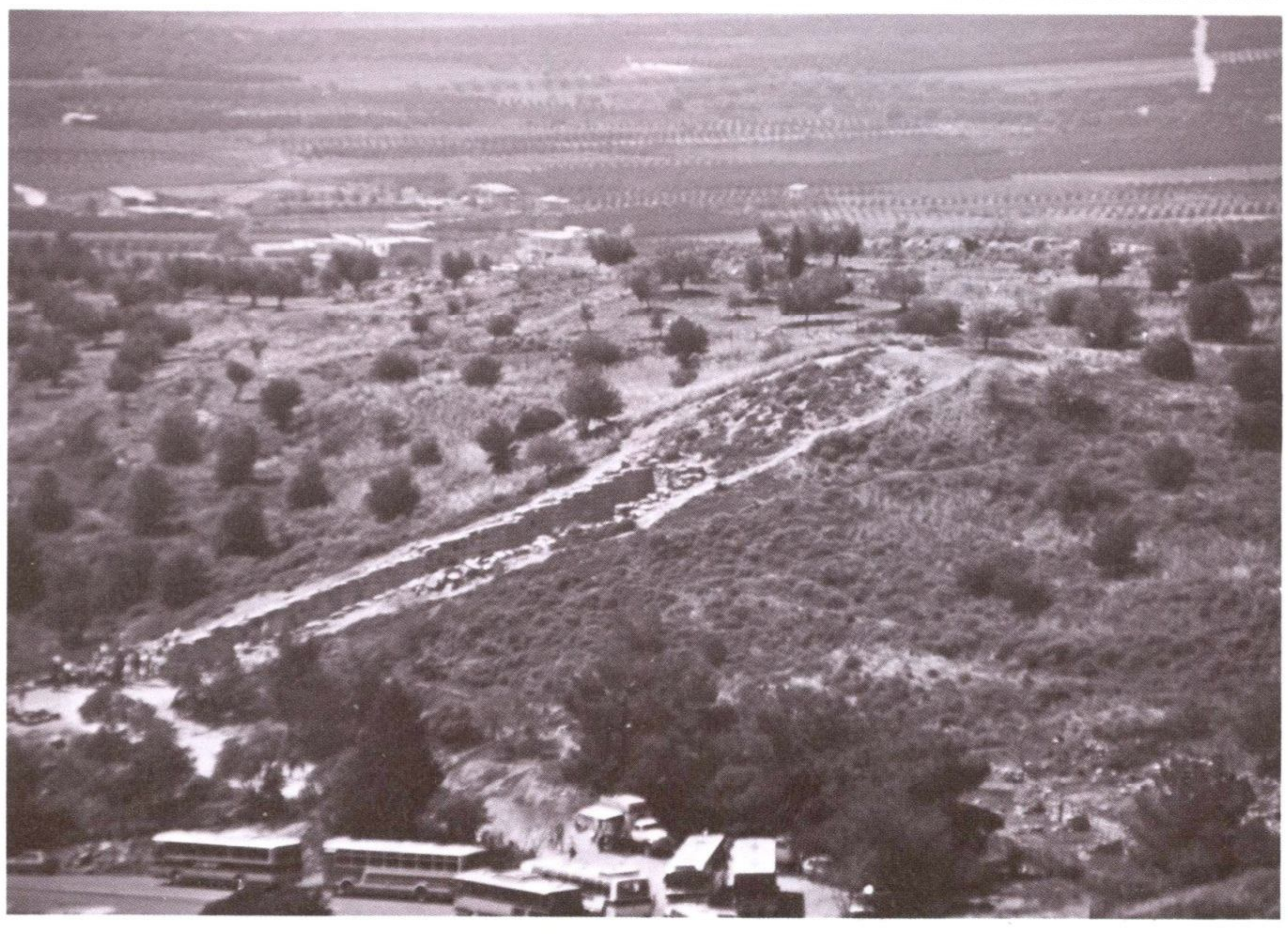
No conforme con tener dedicada una capilla, la divinidad hacía suyo todo lo que en el palacio no fuesen dependencias administrativas y serviles. Así lo manifiestan las columnas, los cuernos de consagración, las pinturas e incluso pavimentos estucados de tanta delicadeza como los del palacio de Pilo, acreditativos del mucho mira-



Ryton de plata y oro del siglo XVI a. C. (Museo Nacional de Atenas)

Detalle del circulo funerario de Micenas

Visión del entorno de túmulo funerario de Atreo



miento con que el *mégaron* había de ser utilizado.

La *eschara*, el hogar situado en el centro del *mégaron* como gran brasero ritual, y la tarima levantada a uno de los lados de la estancia desempeñaban seguramente una función primordial en los actos de culto oficiados por el rey.

En ello se pone de manifiesto una sensible diferencia con el ritual de los cretenses. En los palacios de Creta todo apunta al patio central y a las llamadas *áreas teatrales* anejas a estos edificios como lugares de culto en que la divinidad tenía que comparecer a cielo descubierto y sin el acompañamiento de una efigie o imagen de la misma.

En el mundo micénico, en cambio, los actos parecen haber estado presididos por una estatua de madera, una especie de *palladion*, hecha tal vez del tronco de un árbol sagrado, como se desprende de la tradición griega posterior. A una figura de este cariz estaría reservada la magnífica tarima, descubierta en el palacio de Pilo.

El fin del mundo micénico

Ni las riquezas, ni sus ejércitos, ni las pavorosas murallas de que rodearon sus ciudadelas, libraron a los micénicos del calamitoso fin que les aguardaba.

Llega un momento en que sin que sepamos el cómo ni el porqué, sobreviene la catástrofe. Los palacios son asolados e incendiados; sus habitantes sucumben o emprenden la huida.

La conmoción que afectó por entonces a Grecia y a todo el Próximo Oriente alcanzó tal magnitud, que con ella se inicia lenta y penosamente una nueva época. De no haberse conservado las técnicas de la cerámica a torno y de la metalurgia del bronce, podría hablarse de un retorno a la prehistoria.

La culpa de la catástrofe ha solido cargarse en Grecia a la cuenta de los dorios, quienes, al decir de los antiguos, habían salido entonces de sus territorios de origen, en la Grecia central, una región pequeña, pobre y rodeada de montañas, a la sombra de la mayor de éstas, el Parnaso. Esta región seguía habitada por dorios en época clásica y conservaba su nombre original de Doris.

De allí había partido la avalancha que se relataba y justificaba de este modo: Hilo, hijo de Heracles, fugitivo del Peloponeso, se refugia en casa de Egimio, rey de los dorios, y es adoptado por éste como hijo. Sus descendientes, los Heráclidas, incitan a la juventud doria a recuperar bajo su mando el patrimonio que les corresponde, y de esta manera conquistan el Peloponeso y se reparten por tres de sus regiones: Laconia, donde se halla Esparta; su vecina Mesenia, donde estuviera Pilo, y Argos, antiguo territorio de Micenas.

Desde ahora, ellos y sus descendientes serán el elemento dominante en el Peloponeso, arrinconando a los aqueos en la Arcadia, central y montañosa, en la Elida y en Acaya.

Algunos historiadores modernos, como el alemán J. Beloch, se resisten a creer en aquella historia de *Retorno de los Heráclidas*, y propugnan la tesis de que los dorios ya estaban en el Peloponeso en época micénica. Haciendo suya ahora esta tesis, J. Chadwick sostiene que la lengua culta o *standard* de los palacios, muy contaminada de elementos minoicos, se hallaba superpuesta a un dialecto *substandard* de las clases inferiores de aquella sociedad. Los indicios de esa lengua, que se filtran en las tabletas por obra de los escribas, permiten atisbar los gérmenes del habla dórica.

Cuando una catástrofe, que no sabemos a qué fue debida, liquidó el sistema económico-social que giraba en torno a los palacios, el micénico *standard* pervivió en Arcadia y en la isla de Chipre (aquí también la escritura), mientras que el *substandard* se reafirmó como dórico en otras regiones al emanciparse de la opresiva dominación de la lengua cortesana.

Con esto los dorios quedarían libres de culpa en la ruina del mundo micénico. Los culpables serían entonces aquellos bárbaros que aparecen peleándose con los micénicos en uno de los murales de Pilo. Y los bárbaros de entonces que cuentan con mayores visos de poderse identificar con éstos serían algunos, o todos, los que por entonces fueron detenidos por Ramsés III cuando se precipitaban sobre Egipto y a los que las fuentes egipcias engloban con el nombre genérico de *Pueblos del Mar* (ver HISTORIA 16, número 50, páginas 84 y ss.).

Bibliografía

Baumann, H., *Puerta de los Leones y Laberinto,* Barcelona, Juventud, 1970. Chadwick, J., *El enigma micénico,* Madrid, Taurus, 1962. Chadwick, J., *El mundo micénico,* Madrid, Alianza, 1977. Diel, P., *El simbolismo en la mitología griega,* Barcelona, Labor, 1985. Finley, M. I., *Grecia primitiva. La edad de bronce y la era arcaica,* Buenos Aires, Eudeba, 1974. Finley, M. I., *Aspectos de la Antigüedad,* Barcelona, Ariel, 1975. Finley, M. I., *Los griegos de la Antigüedad,* Barcelona, Labor, 1984. Grimberg, C., *Grecia,* Barcelona, Daimón, 1982. Lafforgue, G., *Oriente y Grecia,* Madrid, Edaf, 1975. Marazzi, M., *La sociedad micénica,* Madrid, Akal, 1982. Starr, Ch. G., *Historia del Mundo Antiguo,* Madrid, Akal, 1974. Vernaut, J. P., *Mito y sociedad en la Grecia antigua,* Madrid, Siglo XXI, 1982.